

La gloria y el ensueño que forjó una

# PATRIA




3

1864-1867

La caída del Imperio

PACO IGNACIO  
**TAIBO II**

 Planeta

# ÍNDICE

## TOMO 3

- 148. Dupin en Tamaulipas
- 149. Los sudaneses
- 150. Pedro José Méndez, el Guerrillero Fantasma
- 151. El noroeste
- 152. La caída de Oaxaca
- 153. Ignacia
- 154. Nicolás Romero, mariposas negras
- 155. El inicio del 65. La crisis de unos, los conflictos de los otros
- 156. Juárez en Chihuahua
- 157. Confederados
- 158. Bazaine y Pepita
- 159. Los belgas de Carlota
- 160. Los austriacos de Max
- 161. Los belgas en Tacámbaro
- 162. Naranjo y Tabachinski
- 163. El policía Galloni
- 164. La lucha en el norte
- 165. La chinaca
- 166. El apoyo norteamericano o los generales gringos de Juárez
- 167. Contradicciones
- 168. La imprenta
- 169. Interludio: el plan Langlais
- 170. La fuga de Porfirio
- 171. El 3 de octubre

172. El gran baile
173. Los asesinatos de Uruapan
174. El canje
175. Hacia el último punto del país
176. Paso de las Cabras
177. Juárez en Paso del Norte
178. Los dineros del emperador
179. El choque con González Ortega
180. El final del 65
181. Botiquín
182. El general Woll
183. Las piedras
184. Bagdad
185. El 66
186. Paso del Norte, 1866
187. Las armas norteamericanas
188. La ofensiva de Escobedo (1866)
189. Sóstenes Rocha
190. Matanza
191. El regreso de Dupin
192. Margarita
193. La mano que detiene la pluma
194. Mientras tanto, Régules
195. Altamirano y Riva Palacio en Guerrero
196. Adiós, mamá Carlota. Un contrapunto
197. La caída del norte
198. Alfred Georges Berthelin y Julio García en Colima
199. Fischer
200. La locura de la emperatriz
201. Orizaba
202. Porfirio en Oaxaca
203. El incidente Matamoros
204. La conspiración de Tlálpam
205. Sonora

206. El desastre de los austriacos
207. Mazatlán
208. El fin del 66
209. La consulta
210. Riva Palacio, el retorno
211. La contraofensiva de Miramón
212. Adiós a Bazaine
213. La decisión
214. El árbol
215. Querétaro
216. Querétaro, una semana observándose
217. La batalla del 14 de marzo y la salida de Márquez
218. Querétaro: choques y más choques
219. Mientras tanto, Leonardo Márquez y Porfirio Díaz
220. La fuga imposible
221. Otra vez en otro San Lorenzo
222. Cimatario
223. La insobornable terquedad. Mariano Escobedo  
ante Querétaro
224. Mayo, Querétaro
225. La caída
226. El juicio, las presiones y el fusilamiento
227. Cae el Distrito Federal
228. Finales
229. Segundo epílogo
230. Diálogo medio apócrifo entre Guillermo Prieto e  
Ignacio Ramírez después de la victoria

Acerca del autor

Créditos

Vámonos patria a caminar, yo te acompaño.

OTTO RENÉ CASTILLO

Nosotros venimos del pueblo de Dolores,  
descendemos de Hidalgo y nacimos  
luchando como nuestro padre,  
por los símbolos de la emancipación,  
y como él, luchando por la santa causa  
desapareceremos de sobre la tierra.

IGNACIO RAMÍREZ, "Discurso cívico",  
*Obras completas*, tomo III

El historiador no se ocupa sólo de la verdad;  
se ocupa también de lo falso cuando se ha  
tomado como cierto; se ocupa también de lo  
imaginario y lo soñado. Sin embargo,  
se niega a confundirlos.

ALAIN DEMURGER

*Para FRANCISCO PÉREZ ARCE,  
mi compadre, camarada y amigo durante casi  
50 años*

*A la memoria de mi amigo JOSÉ EMILIO PACHECO,  
con el que muchas de estas historias fueron  
conversadas  
a lo largo del tiempo mexicano*

## DUPIN EN TAMAULIPAS

**A**l inicio de marzo de 1864 Dupin y sus huéspedes, necesitadas de un corte de pelo y un buen baño, llegaron por barco a Tampico viajando desde Veracruz como un viento maligno. Una racha de peste y miedo. Pronto festejaron su arribo cadáveres de patriotas que colgaban en los faroles y reverberaban en la tarde en la plaza de Tampico. Cadáveres patéticos que se movían con la brisa del mar, con los pies muy juntos, pudriéndose al sol. Su campaña en las tierras calientes había sido premiada con la Legión de Honor. El primer informe a Bazaine, fechado el 10 de abril de 1864, descalificaba a las autoridades políticas del puerto, comunicaba que las partidas guerrilleras liberales de Cortina y Carvajal no tenían implante en la población y anunciaba: "Saldré hoy o mañana para ir a poner orden del lado de Tuxpan, en donde se han reunido las bandas enemigas en número aproximado de mil o 1 200 hombres, y me uniré a los 300 hombres de Llorente, quien desde hace algunos días está en Temapache".

Salió de Tampico el 11 de abril y, mientras se aproximaba, Carvajal levantó el sitio de la plaza. Dupin inició la persecución y fue asaltando las haciendas que apoyaban a los liberales. Finalmente alcanzó a los republicanos y los derrotó en San Antonio Chinampas el 18 de abril. El combate fue reñido y las pérdidas considerables para los liberales, que dejaron sobre el campo 140 muertos, todas sus municiones y más de 200 fusiles. La contraguerrilla del coronel Dupin tuvo dos hombres muertos, cinco heridos graves, 15 con heridas ligeras y siete oficiales heridos. Carva-

jal, con un brazo roto y los restos de su guerrilla, abandonó la región. Bazaine celebró la primera victoria de su protegido: "El coronel Dupin [...] lo hace con inteligencia y grande energía, aun cuando su salud se halla muy alterada por su larga permanencia en tierra caliente".

"Pasó el tiempo de la clemencia", le escribía Dupin el 25 de abril al alcalde de Ozuluama, exigiéndole que diera cuenta de 50 fusiles que pensaba que le habían encomendado los guerrilleros para ocultar y puso como multa por cada uno que faltara la cantidad de 200 pesos, y 10 mil si no entregaba ninguno. "En caso de inobediencia, la villa entera y las haciendas que la rodean serán reducidas a cenizas. Así se tratará todo pueblo que siga fomentando la Revolución en un país que no pide más que vivir tranquilo".

Les quitaron 30 caballos ensillados y embridados. Tras cinco días, y ante el silencio de los lugareños, que no tenían los mentados fusiles o se negaban a entregarlos, Dupin dijo a sus oficiales: "La villa de Ozuluama quedará borrada de la carta geográfica del imperio". Y entró con 700 hombres. El 7 de mayo, Ozuluama, una población de 2 mil habitantes, ardía por los cuatro costados. No quedó casa ni jacal, ni siquiera la iglesia, en pie. El pánico de esa represalia le permite chantajear a otras poblaciones de Tamaulipas para recuperar armas, poniendo multas en caballos o en trigo y amenazando con arrasar los pueblos.

El 7 de mayo, un mes más tarde, Dupin puso en acción su floreado estilo literario para redactar correspondencia y escribió una carta abierta a los habitantes de Pánuco, invitándolos a enviar a su alcalde y cuatro vecinos. "Estos individuos traerán 200 fusiles o la suma de 200 pesos por cada fusil que falte, igualmente 40 caballos de alzada que estén en buen estado y 200 fanegas de maíz que serán tomadas al precio corriente de Pánuco". En caso contrario, amenazaba con darle a la población el mismo destino que



a la ahora desaparecida Ozulama. Logró así entrar en Pánuco sin disparar un tiro el 20 de mayo.

Una de las primeras hazañas de la contraguerrilla fue la captura en las cercanías de Casas de la amante del guerrillero Ávalos, llamada Pepita. Sorprendida en su casa y llevada hasta el coronel, el propio Charles Lois le puso una cuerda al cuello, un reloj delante y le dio cinco minutos para delatar las emboscadas que le había preparado su hombre, amenazándola con ahorcarla desnuda. La mujer resistió, pero cuando le apretaban el nudo a la garganta se deshizo en llanto y confesó. De poco sirvió, fuera de acrecentar el terror, porque Ávalos había muerto de enfermedad, sin que su novia lo supiera, 15 días antes.

Dupin era un innovador de la guerra, un artesano de la locura, un maestro maligno del terror. Todos los días inventaba las nuevas reglas. Quizá por eso incorporó a sus huestes perros rastreadores que eran el temor de los chinacos, mató a un inocente primo del caudillo guerrillero Pedro José Méndez, para provocarlo a salir a la luz, enterró vivos a los prisioneros que capturaba y advirtió que no habría cuartel, ni civilización, ni condiciones honorables en esa guerra, que se trataba de exterminio de resistentes y de conquista, no de caballeros. La respuesta de los desorganizados grupos de patriotas tamaulipecos fue igual de violenta. Le enterraron a alguno de sus contraguerrilleros negros, mulatos, asiáticos, holandeses e italianos capturados y colocándolos a mitad de las líneas, provocaron un tiroteo para que murieran a manos de sus compañeros. Francés que caía en manos de los chinacos aparecía a mitad del camino con la lengua cortada, se incendiaban casas de colaboradores, se envenenaban los pozos. Que corriera la sangre, que sólo ella calmaba el odio y la rabia.

Dupin era un notable personaje, muy educado para guardar rencor; tan educado con sus comensales como con los prisioneros que iba a fusilar. Amigo de la popularidad, poco cuidadoso de la opinión pública, de una rara in-

teligencia que consumía en pensar barbaridades y escribir en las noches en cuadernos de tapas duras reflexiones alejadas de la campaña, con estilo taimado y colorido, ávido de movimiento, inspirado en su autor favorito, Maquiavelo. Como militar era un desastre que contaba en exceso con lo imprevisto y que abusaba de la fortuna con desiguales resultados. Pero tenía muy buen humor, no respetaba la vida, se reía de ella y contagiaba de desprecio o de valor, por turnos.

Por donde pasaba Dupin crecía la tragedia. Un día compraba por la fuerza mulas ya aparejadas, el otro requisaba ganado al precio de su antojo, amenazando con la horca al que se resistiera. En estos azares causó la muerte del señor Garalloa al que amenazó con fusilarlo en presencia de su familia, lo que hizo que el hombre se muriera del susto y de la angustia. No contento con esto, Dupin arruinó a la familia superviviente del difunto, embargándoles cuanto carro y mulas tenían en la hacienda de Tancasnequi, teniéndolos noche y día aterrados por las amenazas. Era el poder y fabricaba viudas y huérfanos o decidía fortunas. Y hasta se le había olvidado su primigenia idea de hacerse rico, puesto que el poder tenía el acceso sobrado a la riqueza y lo que abunda se desprecia. ¿No era esa la mayor forma del oro?, ¿el no necesitarlo?

A mediados del 64 el coronel Dupin perdió la salud, víctima de un ataque fulgurante de fiebre. Unas extrañas temperaturas parecidas a las tercianas lo hacían recluirse, mordiendo los labios, en su tienda, no dejándose ver por nadie excepto por su asistente. Perdía la continencia y defecaba sobre su cuerpo, amanecía bañado en sudor frío, gritaba palabras incoherentes mezcladas con infantiles llamados a su madre. El campamento estaba aterrorizado. Un viento de locura recorría las filas mientras las bayonetas se oxidaban. Las enfermedades azotaban a los hombres, abundaban las disenterías, las letrinas estaban llenas y sobre los catres de campaña, raídos y azulosos, sudaban

los soldados, martilleando los dientes y blasfemando en 11 idiomas y tres dialectos, en permanente borrachera. Los ojos vidriosos por el alcohol, la lengua tartajosa, la frase inconexa. Los que no habían sido capturados por la enfermedad lo habían sido por la abulia. Se jugaba a los dados y a la sombra de las palmeras reales, los centinelas no cumplían sus turnos, los caballos comían a medias. Mediado junio, Dupin apareció en la boca de la tienda con un puro entre los dientes y el rostro demacrado y dio órdenes de ensillar, portando en las manos un viejo telegrama llegado días antes. La vida de la contraguerrilla se reanudó.

Bazaine organizó una expedición al estado de la Huasteca que comprendía los cantones de Tuxpan, Ozuluama, Huejutla, Tantoyuca y Tampico. Confluirían sobre él las tropas del coronel Dupin, el general Olvera y el coronel Turre. El 7 de junio Dupin entró en campaña al frente de 500 hombres y tres piezas de artillería, dirigiéndose hacia Tancasnequi, a 150 kilómetros de Tampico. En la margen opuesta del río Tamesí, se encontraba Tantoyuquita, depósito de mercancías que el comercio de Tampico enviaba al interior, y donde los liberales habían establecido su aduana, que gravaba los productos con un 30%. Tancasnequi y Tantoyuquita fueron ocupados fácilmente, así como un importante convoy. Dejando el coronel Dupin un batallón en Tantoyuquita, prosiguió su marcha a Tancanhuitz, encontrando por todas partes una abierta hostilidad de los habitantes contra el imperio; los pueblos se revelaban contra las autoridades y los peligros arreciaban. Lo comprendió así Dupin, renunció a avanzar con tan pocas probabilidades de éxito, y entonces fue cuando recibió el despacho del coronel Turre pidiéndole refuerzos, pero se negó a secundar sus operaciones argumentando que estaba en las suyas. Retrocedió ordenadamente, castigando fuertemente las partidas de Noriega, Casado y Mascareñas; el 31 de julio entraba en Tampico.

Reorganizó las fuerzas y de ahí salió para batir a las tropas de los oficiales republicanos Carvajal, Cortina y Lorenzo Vega, que tras un año de rencillas y disputas habían logrado unificarse. La contraguerrilla tomó el rumbo de Victoria con 500 hombres y tres piezas de artillería. A fines de mes, sus tropas regresaron desbandadas, de uno en uno, a pie, algunos incluso sin sombrero.

Poco o nada se habló sobre el suceso. Para celebrar la derrota, en agosto, amanecieron colgados en Tampico cinco hombres acusados de espías de los chinacos, que no tuvieron la oportunidad de confesar o de defenderse en un consejo de guerra. El 12 de septiembre se presentaba en Vitoria, en cuyo punto recibió la sumisión del general-gobernador La Garza que salió de la plaza.

Los 150 kilómetros que separan Vitoria de Soto la Marina los franqueó en pocos días con grandes penalidades; estuvo allí hasta el 15 de septiembre, y el 29 se presentó ante San Fernando de Presas, residencia del cuartel general de Cortina; la repentina aparición de la columna francesa de Dupin ahuyentó a sus defensores, que abandonaron siete piezas de artillería y provisiones. Dejando en San Fernando un batallón de guarnición, retrocedió Dupin a Vitoria. Creyendo pacificado el territorio de Tamaulipas, ahí se estacionó y decretó que cualquiera que portara armas sin permiso sería considerado bandido y fusilado.

Los meses transcurrieron entre pueblos incendiados y patriotas, reales o dudosos, colgados de los árboles. La contraguerrilla situaba emboscadas, la mayoría de ellas infructuosas, marchaba de noche, saqueaba aquí y allá.

Mediado noviembre del 64 el ministro imperial Velásquez de León recibía quejas cada vez más frecuentes: "Es un hombre incapaz de gobernar y comete cada día mil y un arbitrariedades [...]. Hace sus compras con amenaza de fusilamiento". Maximiliano protestó ante el embajador francés por las quejas que había recibido sobre los métodos que empleaba Dupin, y tras un estire y afloje con Ba-

zaine, Maximiliano ganó el pulso y el general francés ordena que se retire de Tampico la contraguerrilla el 2 de marzo del 65, quedando el capitán Valle a la custodia de los depósitos y al mando de 848 soldados. Reemplazado por el capitán Michel Aloys Ney, duque de Elchingen (nieto del famoso mariscal), Dupin salió de México en abril de 1865.

## NOTAS

1) Antonio García Pérez: *Estudio político militar de la Campaña de Méjico, 1861-1867*. Juan de Dios Peza: *Epopeyas de mi patria: Benito Juárez*. Luis Raymundo Hernández: *La intervención francesa en Tamaulipas, 1861-1866*. Paco Ignacio Taibo II: *La lejanía del tesoro*. Gérard Mignard: *L ' Expédition au Mexique: le colonel Charles-Louis Du Pin, 1814-1868*.

149

## LOS SUDANESES

Venían de Alejandría, traían a su mujer y sus hijos consigo, salieron en enero del 63. Eran 446 soldados “y un intérprete”. Originalmente musulmanes y esclavos. Sudán en ese momento dependía de Egipto. Su comandante era un blanco originario de Siria que tenía el sorprendente nombre de Jabarallah Muhamad. Su presencia en México para el alto mando militar francés tenía una lógica, siendo nativos de zonas tórridas podrían resistir mejor el clima mortífero de Veracruz. No fue el caso.

Kératry cuenta que los estacionaron en La Pulga. “Estos bravos hijos del desierto africano siempre se han mostrado tan heroicos ante el fuego como ante las fiebres tropicales [...]. Su uniforme, de una absoluta limpieza, es muy

conocido en el estado de Veracruz e inspira temor a las gavillas mexicanas”.

Fueron usados para combatir las guerrillas de Río Blanco que inquietaban constantemente a los convoyes franceses. Hacia el inicio del año 65 se integraron en una columna de 350 hombres (100 austriacos, 120 sudaneses y 30 mexicanos) mandada por el comandante de la artillería de marina Jean Henri Maréchal, que tuvo éxitos en tomar Tlalucayán, sacar a las chinacos de Cocuita y poner a las guerrillas a la defensiva al norte de Minatitlán.

La caída de Oaxaca había causado una fuerte desmoralización (“A la alarma sucedió el pánico, y no faltó quien, en los primeros momentos, tratara de procurarse un pasaporte del cónsul americano de Minatitlán para ponerse en salvo”), pero en la reorganización se destacó el coronel de artillería José Juan García, que en los últimos días de enero reorganizó la 2ª brigada en el Cocuite, compuesta sobre todo de guardias nacionales de esa población, Tlaxicóyam y Cosamaloápam, un piquete de caballería de Boca del Río y un pequeño grupo con más experiencia y mejor armado, los Granaderos de Zaragoza y la puso en observación de los movimientos de los imperiales de Veracruz y Medellín.

A eso de las nueve de la mañana del día 2 de marzo, la avanzada de Paso de Vaquero rectificó la noticia de que una columna enemiga compuesta de austriacos y de egipcios, mandada personalmente por Maréchal (254 según el parte francés), se aproximaba haciendo rumbo a la hacienda del Cocuite, a donde llegó y acampó como a las dos de la tarde, dejando una parte de su fuerza en la rancharía de Moyotla.

El coronel García, que había evacuado el punto porque no le gustaba para resistir al enemigo, dispuso entonces que la infantería republicana se situara en el punto denominado Laguna Larga, quedando en observación toda la caballería. Una avanzada “hizo algunos disparos impru-

dentamente entre siete y ocho de la noche, que si bien introdujo la alarma entre el enemigo, le advirtió nuestra presencia cerca de ese campo: el enemigo contestó con un tiro de cañón que no causó daño alguno, y tanto unos como otros pasaron la noche en vela”.

Sin poder sostener un sitio, los imperiales decidieron forzar el paso en el desfiladero del Callejón de la Laja. Cuenta José Arturo Saavedra: “A las siete de la mañana del día 8, una humareda negra y espesa anunciaba que el enemigo había incendiado la hacienda al emprender su marcha de avance a Tlalixcóyam, como había incendiado la ranchería de Moyotla al abandonarla para dirigirse al Cocuite. Maréchal no podía, pues, prescindir de sus instintos de bandido e incendiario. Los republicanos a su vez ocuparon la hacienda a eso de las dos de la tarde, para cortar el paso al enemigo en terreno apropiado al caso, encontrándola casi convertida en escombros: aún humeaban las maderas de la finca y de la tienda; y el propietario de la segunda, un honrado español, [...] lloraba su ruina”. Cerca de un árbol de mango yacía un soldado republicano que se había perdido o intentado desertarse, y fue asesinado.

El coronel García tenía muy enojados a sus oficiales y a la tropa porque no presentaba batalla, y tachaban de lento y poco ducho a su jefe, porque les urgía pelear. “García, hombre de calma y de juicio, y entendido en materia de guerra, si bien comprendía el sentimiento que dominaba en sus subordinados, quienes en honor de la verdad procuraban ocultarlo, no se preocupaba de ello; y luego que el enemigo emprendió la marcha, hizo él lo mismo procurando adelantársele por caminos de travesía para encontrarlo en el punto que ya tenía escogido de antemano”. La emboscada estaba montada en el Callejón de La Laja con el capitán Camporada con sus infantes y reforzado por un pelotón de cazadores al frente, y el resto de la fuerza al lado opuesto apoyándose en Llano Grande.